



Capítulo 218

«¡Qué casualidad verte aquí!».

Eliban saludó a Alon con un gesto exagerado de alegría, mientras Alon lo miraba desconcertado.

«No esperaba encontrarte aquí».

«¡Yo tampoco!».

Eliban, con una amplia sonrisa, también se inclinó ligeramente hacia Yutia, que estaba de pie junto a Alon.

«Hola, cardenal. Me alegro de verte aquí».

«Desde luego. ¿Cómo estás, Eliban?».

«Por supuesto».

Alon, al ver la amplia sonrisa en su rostro, preguntó:

«He oído que estabas en Ashtalon. ¿Qué haces aquí? ¿Y dónde están tus compañeros?».

La última noticia que Alon había recibido era que Eliban había estado lidiando con unas extrañas grietas que habían aparecido en Ashtalon.



Era desconcertante verlo aquí.

«Mis compañeros me esperan en la base y yo he venido al norte por un asunto».

«¿Asuntos?»

«¡Sí!»

Una respuesta alegre.

¿Tenía Eliban algo que hacer en el norte?

Alon buscó en su memoria cualquier información relevante.

... Por supuesto, no era imposible.

Según la trama original de Psychedelia, Eliban tendría muchas tareas que cumplir en el norte después de que hubiera pasado algún tiempo.

Había divisiones en la región, pero ese no era el mayor problema.

La verdadera razón fue la llegada de los bárbaros y del Dios Exterior, Ulthultus.

Pero eso solo si los acontecimientos seguían el argumento original.



Ulthultus ya había aparecido años atrás, y Alon lo había derrotado.

En otras palabras, por lo que Alon sabía, no quedaban amenazas importantes en el norte.

El único peligro que quedaba eran las ocasionales fisuras.

«Es como cuando Horizon se hizo accesible en el DLC. ¿Quizás se hayan añadido nuevas misiones con él...?»

Como el silencio de Alon se prolongaba, Eliban continuó la conversación.

«He oído que hay una mazmorra oculta en el norte, así que he venido a despejarla».

«¿Una mazmorra oculta?».

«Sí. Me pidieron que recuperara algo de su interior».

«Ya veo».

Parecía ser una misión introducida en el DLC.

Como Alon podía adivinar más o menos por qué Eliban estaba allí, no indagó más.

Al poco tiempo, llegaron al interior del puesto fronterizo.



«Con esto concluye la situación actual en el norte».

Tan pronto como entraron en el puesto avanzado, un caballero que custodiaba la base informó a Deus.

Alon, que escuchaba a su lado, encontró extraño un detalle en particular.

Algo...

«... ¿Se ha producido un fenómeno de descenso divino?».

«Sí».

Un fenómeno de descenso divino que afecta a los monstruos de las montañas nevadas.

Era un fenómeno en el que crecían cristales peculiares en los monstruos, un presagio de la inminente llegada de un Dios Exterior.

Al oír esto, Alon no pudo evitar fruncir el ceño interiormente.

«¿Un descenso divino, de repente en este momento?».

Por lo que Alon sabía, con Ulthultus —uno de los dioses del Caos— derrotado, no debería haber aparecido ningún otro dios exterior.



«Además, si el fenómeno del descenso divino se observó por primera vez en el norte, significa que es probable que el Dios Externo aparezca aquí».

Normalmente, el fenómeno del descenso divino se extendía por todo el continente cuando un Dios Exterior descendía.

Sin embargo, la región donde se manifestaba por primera vez solía ser aquella a la que el dios tenía intención de descender.

Y, por lo que Alon sabía, ningún fenómeno de ese tipo había aparecido en ningún otro lugar recientemente.

Eso solo podía significar una cosa.

Un Dios Exterior estaba descendiendo sobre el norte.

En el momento en que se dio cuenta de ello, los pensamientos de Alon se volvieron caóticos.

Ahora que el fenómeno del descenso divino había comenzado, no sería de extrañar que el Dios Exterior llegara en cualquier momento.

Pero lo que confundía aún más a Alon era el hecho de que un Dios Exterior estuviera descendiendo aquí.

«¿Quién está descendiendo exactamente?».

Por lo que Alon sabía, el único dios del Caos que aparecía en el norte era Gwaeryeonnanshin.



Había otros tres dioses del caos que no habían aparecido desde Kylrus, pero se suponía que descendían en regiones completamente diferentes.

«¿Añadieron nuevos dioses exteriores en el DLC?».

Eso dejaba a Alon con dos posibilidades.

Una, que uno de los Dioses Externos que él conocía estaba descendiendo.

O dos, que se había introducido un nuevo Dios Exterior en el DLC.

Tras una breve reflexión, Alon descartó la segunda posibilidad.

No había comprado el DLC de Psychedelia.

Ese DLC había sido diseñado para reducir la dificultad del juego introduciendo poderosos aliados de varias razas para ayudar al protagonista contra los Cinco Grandes Pecados.

Era poco probable que también se añadieran nuevos Dioses Externos para hacer el juego más difícil.

Eso solo dejaba una posibilidad.

«Uno de los Dioses Externos que conozco está descendiendo. Y dado que Ulthultus ya ha sido derrotado... solo queda un candidato».



Neltar.

La expresión de Alon se volvió ligeramente sombría cuando el nombre pasó por su mente.

Un ser con cuatro brazos, piel negra azabache similar a la de un demonio y habilidades sin parangón incluso entre los dioses del Caos.

Neltar era muy difícil de manejar en Psychedelia, ya que solo aparecía en las últimas fases del juego.

Si apareciera ahora, aunque Alon preparara su magia y le diera un golpe limpio, la victoria sería incierta.

«No».

Para ser precisos, con la fuerza actual de Alon, derrotar a Neltar era casi imposible.

No era solo una cuestión de poder, sino también de compatibilidad.

Alon era especialmente vulnerable a las habilidades de Neltar.

Al darse cuenta de esto, Alon respiró hondo, tratando de calmarse.

Cualquier especulación en ese momento carecía de sentido.

Había demasiadas discrepancias entre lo que él sabía y la realidad que se desarrollaba ante sus ojos.



Por lo tanto, Alon decidió centrarse en la tarea que tenía entre manos.

«¿Cómo entro en el Horizonte?».

Por lo que Alon sabía, el método para entrar en el Horizonte era sencillo, pero difícil.

Era sencillo porque el camino era claramente visible.

La razón por la que seguía siendo difícil era porque tenían que luchar contra los bárbaros.

Sobre todo porque los bárbaros bloqueaban el camino hacia el Horizonte, no había forma de evitar una batalla con ellos.

«... ¿Debería pedirle ayuda a Reinhardt otra vez y lanzar un ataque aéreo como la última vez?».

Tras la breve reunión, Alon regresó a su habitación, sumido en sus pensamientos.

En ese momento...

«Mi señor».

«... ¿Yutia?».



La voz de Yutia le llegó.

«¿Mencionaste antes que tenías asuntos que atender en el Horizonte de las Montañas Nevadas, verdad?».

«Así es».

«¿Has encontrado la manera de llegar allí?».

«Técnicamente, sí que tengo una, pero, sinceramente, no es una buena opción. Tendría que luchar contra los bárbaros».

Como si pudiera leer los pensamientos de Alon,

Yutia dio un paso más hacia él.

«Entonces, ¿quieres que te muestre otro camino?».

«... ¿Un camino?»

«Sí, creo que por aquí llegarás al lugar sin encontrarte con los bárbaros».

«¿Existe un camino así?».

Sorprendido, Alon volvió a preguntar, y Yutia asintió con la cabeza.

«Sí, en realidad, solo me enteré después de llegar aquí».



«... ¿Un atajo hacia el Horizonte de las Montañas Nevadas?».

«Sí. Los sacerdotes que llegaron antes lo descubrieron».

Recordando a los sacerdotes que estaban antes en el puesto avanzado, Alon le preguntó a Yutia:

«¿La misión del Papa está relacionada con el Horizonte de las Montañas Nevadas?».

«Técnicamente, parece que nuestra misión está relacionada con una cueva que conduce hasta allí».

«Entonces, el camino pasa por una cueva».

«Sí, pero la información es confiable».

Tras reflexionar un momento, Alon asintió con la cabeza.

«... De acuerdo, aceptaré tu ayuda».

«No hay de qué».

«No, siento que siempre estoy dependiendo de ti. ¿Hay algo que quieras a cambio?».

Yutia sonrió, con los ojos arrugados por la diversión.



«¿De verdad escucharás mi petición?».

«Siempre que esté dentro de mis posibilidades».

«Hmm~».

Reflexionó un momento antes de hablar.

«¿Puedo decírtelo más tarde?».

«No veo por qué no».

«Entonces te lo diré la próxima vez. Primero me gustaría reunir algunas cosas».

«¿Recoger?».

«Sí, pensé que si te ayudaba más y me ganaba tu favor, tal vez podría hacerte una petición más importante más adelante».

«Quiero decir, ya estoy dispuesto a concederte una petición razonable...».

Ante eso, Yutia dudó un momento.

Luego, sin dejar de sonreír, miró a Alon.



«?»

Mientras Alon inclinaba la cabeza con curiosidad...

«¿Es eso así...?»

Rompiendo el breve silencio, su voz resonó en el aire.

«Bueno, tengo algunos asuntos que atender, así que me retiraré primero, mi señor».

Yutia se marchó primero.

Alon observó su figura alejándose durante un rato.

Al día siguiente.

Al amanecer, Eliban partió hacia las mazmorras.

Mientras tanto, Alon y Yutia tomaron el atajo que les permitiría evitar a los bárbaros.

Poco después, Deus, que había salido más tarde, pronto llegó al límite donde se suponía que se encontrarían con los bárbaros...

«?».



Una pequeña pregunta surgió en su mente.

La razón era...

«¿No hay enemigos?».

Los bárbaros, que deberían haber sido visibles más allá de la frontera, no se veían por ninguna parte.

Era como si todos hubieran desaparecido de repente.

Desconcertado, Deus murmuró:

«¿Una emboscada?».

Pero su lugarteniente negó con la cabeza.

«No».

«Entonces, ¿adónde se han ido todos esos bárbaros parecidos a duendes? Incluso sus jefes han desaparecido».

«Los soldados informaron que esta mañana temprano se marcharon repentinamente a algún lugar».

«¿Se fueron a algún lugar?».



«Sí».

La expresión de Deus se ensombreció con confusión ante el informe de su lugarteniente.

En ese momento...

«¿Es este el lugar?».

«Sí, aquí es».

Alon miró hacia arriba, a la enorme cueva que tenía ante sí.

«Es enorme».

«Una vez que atravesase esta cueva, verá el Horizonte que ha estado buscando, marqués».

Asintiendo con la cabeza, Alon recordó de repente algo y le preguntó a Yutia:

«¿Pero no está esta zona controlada por los bárbaros?».

«Mmm, no estoy seguro de eso, pero cuando los sacerdotes lo investigaron, dijeron que nunca habían venido bárbaros aquí».

«¿Ah, sí?».

«Sí. Así que no te preocupes y adelante».



Cuando dio un paso adelante de forma natural tras la despedida de Yutia, Alon dudó de repente.

«... Espera, ¿no vienes conmigo?».

«No, como te dije ayer, mi trabajo es solo investigar esta cueva».

«Ya veo».

«Tómate tu tiempo. Yo estaré ocupado con mi trabajo aquí».

Sonriendo, Yutia hizo un ligero gesto con la mano.

Alon dudó un momento, pero finalmente dijo:

«Entonces, me voy».

La dejó atrás y entró en la cueva.

Al poco tiempo...

Cuando Alon desapareció de su vista, Yutia, que le había estado despidiendo con la mano, murmuró con una fría sonrisa: «Habéis llegado antes de lo que esperaba».

Se dio la vuelta, borrando todo rastro de risa de su rostro.



Y ante ella se encontraba...

«Una mujer».

Bárbaros.

No solo uno...

docenas.

Cientos. No...

Había tantos que destacaban claramente contra el mundo gris.

Innumerables bárbaros habían rodeado a Yutia.

Decenas de miles de ojos se fijaron en ella a la vez, y la intención asesina y la hostilidad que emanaban de sus cuerpos se dirigieron hacia ella.

Y entre las ocho tribus bárbaras, el jefe más fuerte, un hombre que era efectivamente el líder de todos los bárbaros en términos de poder bruto, un gigante de más de dos metros y medio de altura, Luraka, dio un paso al frente.

«¿Eres tú el responsable de esto?».

«¿A qué te refieres?».



«Te pregunto si fuiste tú quien rompió todas las bendiciones y hechizos que se habían otorgado a la tierra sagrada de nuestra tribu durante los últimos mil años y te atreviste a poner un pie en este santuario prohibido».

Una voz áspera y salvaje.

Sin embargo...

«¿Y qué si lo hice?».

respondió Yutia con calma.

«¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Has profanado este lugar sagrado y has cortado la magia que nuestra tribu ha mantenido desde que nos establecimos por primera vez en esta inhóspita tierra del norte!».

Mientras Luraka temblaba de furia, Yutia soltó una suave risita.

«Ay, qué pena. Pero verás, tenía mis razones».

«¿Razones?».

«Sí, necesitaba un camino hacia el Horizonte. Y esta era la mejor manera de llegar allí sin que él se encontrara con tu gente, ¿no?».

«... ¿Qué?».

«¿No me entendiste?»



«¿Quieres decir que solo por esa insignificante razón destruiste sin cuidado la tierra sagrada y la brujería que nuestro pueblo ha protegido durante más de mil años?».

Incapaz de contener su ira, Luraka agarró con fuerza su enorme hacha.

Sin embargo, Yutia no dejó de hablar, con sus labios rojos ligeramente curvados.

«¿Una razón insignificante? Para mí era importante. A él le agotaba la idea de encontrarse con todos ustedes».

No había ni una pizca de miedo en su actitud.

«Entonces, ¿crees que ese tonto no se enfrentará a nosotros?».

«Un tonto, dices».

En ese instante, un profundo silencio cayó sobre la escena.

Yutia rumió las palabras de Luraka durante un momento.

Entonces...

«Ya que lo dices...».

Ella asintió con la cabeza.



«De todos modos, todos ustedes morirán aquí».

En el momento en que levantó lentamente la mano, con el dedo índice apuntando hacia adelante, innumerables bárbaros se abalanzaron sobre ella, abrumándola con su gran número.

Era una visión verdaderamente abrumadora.

Su intención asesina se solidificó en un aura visible, tiñendo el mundo gris de un tono rojo oscuro.

Su locura, cruda y desenfrenada, se centró por completo en una sola persona.

Todas las armas que empuñaban apuntaban a un solo objetivo: Yutia.

Y justo cuando sus espadas estaban a punto de alcanzar su cuerpo...

¡Zas!

Un único y delicado dedo se movió ligeramente.

De izquierda a derecha.

Solo una vez.

Y entonces...



Tic...

De los labios de Yutia salió un pequeño sonido, como el tictac del segundero de un reloj.

En ese momento...

Fwoosh...

El mundo gris quedó envuelto en un torrente carmesí.

Se hizo el silencio.

No, se impuso el silencio.

Los cuerpos de los bárbaros que cargaban ya no existían.

Lo único que quedaba era sangre roja y carne esparcida.

Nada más.

Así, se dibujó un enorme círculo rojo alrededor de la niña en el centro.

La sangre que dejaron los bárbaros desaparecidos pintó un cuadro de muerte, y sus restos destrozados despertaron un instinto primario de supervivencia en los demás.

La sed de sangre de los bárbaros se convirtió en una tensa cautela.



Su fervor salvaje se transformó en un miedo eterno y sofocante.

Y en medio de todo ello, Yutia Bludia, sin mostrar emoción alguna, miró al bárbaro aterrorizado que se había burlado de él.

Tic...

Y con indiferencia, pronunció:

Una sentencia de muerte.

